

Éste era (creo) mi padre

Emmanuel Carballo

La figura del padre, su presencia, su ausencia, su talante, marca definitivamente la vida de una persona. El crítico Emmanuel Carballo nos ofrece este entrañable retrato del padre ausente y su búsqueda en los recovecos de la memoria y de la escritura.

Avelino Carballo, mi padre, era español, de Galicia, provincia de Ourense, comarca de Valdeorras, pueblo de La Rua. Nació en marzo de 1892 y llegó a México en 1911, a los diecinueve años, en plena Revolución. Tenía treinta y siete de edad cuando yo nací y dieciocho de residir entre nosotros. Murió en marzo de 1932.

Galicia es un viejo problema difícil de entender, sobre todo para los españoles de Madrid. Sus pobladores tienen una manera muy peculiar de ser que viene de muchos siglos atrás. Es un pedazo de España, por una parte, y por la otra una pequeña nación imposible de raíces antiquísimas, anteriores a la dominación romana.

Galicia posee una tierra, un idioma, una historia, una cultura, una manera precaria de ganarse la vida, modos de comportarse diferentes a los que practican españoles de otras regiones del país.

Galicia es propensa a los contrastes: lo mismo produce eminencias que mediocridades; en algunos países o comarcas decir gallego equivale a señalar a un ignorante, a un ser irremediablemente incapaz de superar sus deficiencias, sus tonterías.

En otras naciones se ofrecen de ellos noticias menos ofensivas pero también poco halagüeñas: los tachan de taimados, de decir una cosa y hacer otra completamente opuesta. Hábiles para la maniobra son capaces mediante el uso de argucias muy sutiles de derrotar al enemigo por poderoso que éste sea.

Gallego, también, es una persona exquisita que posee una sensibilidad y una inteligencia atemperadas

por el sentimiento de la caducidad de las cosas y una nostalgia que como neblina empequeñece olores y sabores.

Los que se comportan así son los gallegos de inteligencia y sensibilidad cultivadas: los escritores, los músicos, los intelectuales y científicos, los modistos, los hombres de negocios. Numerosos años atrás así se comportaron unos cuantos políticos que hicieron oídos sordos al Franco de la guerra y la dictadura.

Gallegos también fueron los emigrantes que llegaron por millares a Cuba, Venezuela y países del Cono Sur. A México, en los años de la gran emigración, su arribo fue escaso y su influencia casi nula, salvo en casos aislados en que los inmigrantes se transformaron en magnates. Otros, no del todo afortunados, manejaron y hoy manejan sus hijos hoteles de paso, tiendas de abarrotes, cantinas, panaderías, pequeños negocios que les permiten vivir con cierta holgura y cierta altanería frente a los nativos.

Los gallegos pobres de la generación de mi padre poseían escasas probabilidades de encontrar trabajo bien remunerado en sus propios pueblos. Su futuro era decepcionante: jornaleros agrícolas, comerciantes en sus depauperadas aldeas, pescadores de ingresos inseguros, funcionarios de ínfima categoría, soldados de paga o adscritos por razones de edad al servicio militar. La otra probabilidad, la que gozaba de mayor solvencia, era el flujo hacia América.

Mi padre, según la historia oral de la familia, era un muchacho que poseía algunas habilidades: no le costa-

ba esfuerzo imponer su forma de pensar a los interlocutores, tampoco le era difícil (allá y acá) conducir a los vecinos hacia objetivos que él consideraba correctos. Pudo ser político y evitó sabiamente esa enfermedad incurable. Apto para ordenar, se conformó con ser un cumplido ciudadano común y corriente.

No deseaba mandar, pero tampoco se resignaba a que lo mandaran. Dentro de él combatían fuerzas antagónicas que lo transportaban de la euforia a la tristeza.

Sin posibilidades de crecer mental y económicamente en su tierra, optó por la emigración. Además de ese modo evitaba que el servicio militar lo llamara a filas. Le horrorizaba morir gratuitamente en Marruecos en una guerra tonta y sucia. Por esos motivos aceptó la invitación hecha por unos parientes próximos para viajar a México, país en el que se habían instalado de años atrás.

Se estableció en Los Reyes, Michoacán, donde puso una tienda de ropa y probó fortuna en el negocio de la madera: cortar árboles y producir tablas, vigas y durmientes para el ferrocarril.

A diferencia de otros compatriotas no era avaro sino manirroto. Le gustaba vestir apropiadamente en cada ocasión, agasajar a sus amigos y concurrir a las fiestas que organizaban las familias encopetadas del pueblo: sobre todo a los bailes y días de campo. Le apeteecía, asimismo, comer generosa y satisfactoriamente, deleite difícil de obtener en una aldea como Los Reyes, sencilla y poco dada a los refinamientos corporales. Las comidas del mediodía y la noche las acompañaba con vinos que sus padres le remitían en barricas y él mandaba embotellar.

Uno de los pocos recuerdos suyos que conservo se refiere al consumo del vino tinto. En el almuerzo mojaba el pan en el vino y me lo ofrecía como muestra de su valor nutritivo. Cuando murió, las botellas que se llenarían ese año de 1932 permanecieron vírgenes y el vino se torció en los toneles. Durante años mamá y yo lo consumimos como vinagre.

Mi padre era alto, fornido, irritable y tierno, adjetivo este último extraño en un hombre de mucho trabajo y escasas letras. A propósito de letras, encontré entre los papeles que dejó mamá al morir una carta suya dirigida a ella en la que le enviaba para su disfrute el “Nocturno a Rosario” de Manuel Acuña.

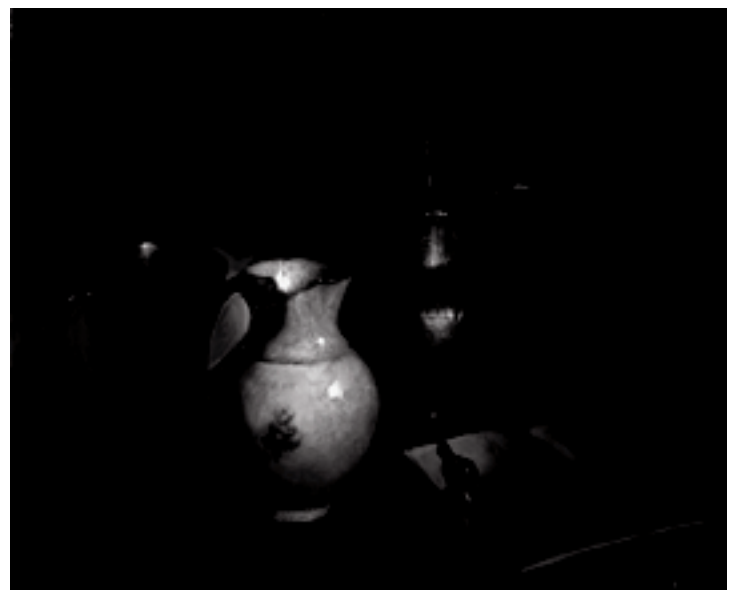
Si heredé algunos rasgos suyos (la nariz, la estatura, el brillo irónico de los ojos), no saqué su color. Cuando de niño me preguntaban: “¿a quién te pareces?”, respondía: “a mi papá, y a mi mamá en lo prietito”. Mi carácter es una mezcla de dos maneras de practicar la vida: la de mi madre y la de mi padre. De las deudas con mamá hablaré ampliamente más adelante; de los rasgos morales que heredé de don Avelino poseo suposiciones más que hechos comprobables. El que me parece más legítimo es la manera súbita de pasar de la violencia a la ternura y viceversa; también dos notas que me acompañan desde niño: el tedio y la desilusión.

Mis padres se conocieron en Los Reyes, y allí se casaron después de un corto noviazgo. El matrimonio religioso se efectuó durante la guerra cristera, en 1928, y el sacerdote llegó al pueblo disfrazado de arriero. Los casó por la noche, y a la madrugada siguiente reanudó su ministerio errante y prohibido. Fue una boda íntima. El matrimonio civil se efectuó unos cuantos días después y fungió como uno de los testigos de mi padre el entonces general brigadier Lázaro Cárdenas, candidato en esos días a gobernador de Michoacán.

La Casa del Puente fue su primer domicilio. En ese tiempo era, y lo siguió siendo durante varias décadas, la casa mejor construida y cómoda del pueblo. De dos pisos, la puerta de entrada daba a la calle de Galeana. Casi todas las habitaciones de la planta alta miraban al río, furioso en la temporada de lluvias y manso el resto del año. Diseñada en forma de escuadra, con corredores en uno y otro pisos, la vida giraba en torno a un patio-jardín descuidado y por las noches oloroso a las



José González Collado, *Cebollas y botella*, 1960



José González Collado, *Bodegón*, 1947



José González Collado, *Villaviciosa de Odón*, 1993



José González Collado, *Invierno castellano*, 1993

plantas de la tierra. Atrás quedaban la huerta y las bodegas. De niño conocí y pasé semanas enteras en esa casa durante las vacaciones de julio y agosto.

Fui concebido en Los Reyes y dado a luz en Guadalajara el 2 de julio de 1929. Las facilidades que ofrecía el tren a México (el ramal de Yurécuaro a Los Reyes) y la bonanza de los negocios decidieron al matrimonio a abandonar la aldea agrícola y maderera (donde siguieron funcionando las empresas paternas) y trasladarse a la capital del estado de Jalisco.

En ese entonces Guadalajara contaba con poco menos de ciento cincuenta mil habitantes. Era una ciudad apacible en la vida cotidiana y turbulenta en el manejo de los asuntos políticos y religiosos. El reciente asesinato de Obregón repercutió en la política local. El gobernador de ese momento, Margarito Ramírez, al morir el militar sonorenses perdió el principal de sus apoyos, pero se dispuso a ganar la voluntad de Calles, el nuevo hombre fuerte. En el ámbito del estado, Ramírez sostenía una pelea cerrada con Zuno y su grupo.

Pocos días después de mi nacimiento, los partidarios de Zuno en la Comisión Permanente del Congreso de la Unión consiguieron el relevo de Ramírez, a quien acusaron de anárquico en la forma de gobernar y corrupto en el modo de vivir. El 8 de agosto, y como gobernador interino, lo sustituyó José María Cuéllar. En la política republicana de esos años Jalisco se caracterizó por las frecuentes rebeldías frente al Poder Ejecutivo federal, por las reyertas que los distintos grupos del mismo partido emprendían con alarmante frecuencia para anularse unos a otros y la absoluta falta de respeto por los derechos de los ciudadanos.

A mediados de 1929 los cristeros de Jalisco jugaban al mismo tiempo dos juegos: por una parte seguían levantados en armas (muy pocos), habían pactado con el escobarismo en pie de guerra contra el gobierno, y por la otra veían con resignación los *Arreglos* concertados entre el presidente Portes Gil y el delegado apostólico Ruiz y Flores. Si por fuera aceptaban los hechos, en su fuero interno los reprobaban.

Mis padres no eran fanáticos, pero sí católicos por tradición y conveniencia. En su fuero interno no simpatizaban con el levantamiento armado, pero aceptaban las argucias de que se valía la sociedad tapatía para boicotear el entendimiento entre el Estado y la Iglesia. Así andaban las cosas el año de mi nacimiento entre los representantes del cielo y la tierra.

La vida de mis padres en la capital tapatía duró tres años. Pareja bien avenida, al año siguiente procrearon a Teresa de Jesús, mi única hermana. Los gastos aumentaron y los ingresos de la maderería, como todo negocio que comienza, fueron menores que los previstos. Además, repercutieron fuertemente en el país y el estado las consecuencias económicas del *crack* del 29. Mi padre, enfermo de una fuerte gripe, tuvo que abandonar la cama para ir al banco a atender cierto asunto de carácter inaplazable referente a la crisis financiera. No pudo llegar a su destino; regresó a casa, se acostó y pocos días después murió víctima de una incontrollable bronconeumonía. Apenas llegaba a los cuarenta.

El día de su entierro, a mi hermana y a mí nos llevaron a la casa de una vecina que vivía enfrente de nosotros. Alcancé a mirar el féretro antes de que se pusiera en marcha el cortejo. Se trataba de un coche negro, de caballos revestidos con mallas negras, borlas en las faldas y penachos en la cabeza. Era como una vitrina abierta a tres de los cuatro puntos cardinales. Creo que llovía, aunque es más verosímil pensar que era yo el que lloraba.

¿Cómo sería yo de no haber muerto mi padre en fecha tan prematura? Sería un hombre diferente. Habría estudiado en España, al hablar cecearía y me hubiera dedicado a los negocios. Quizás, a mi regreso, me habría casado con la hija de unos paisanos. Sería un burgués, pero un burgués satisfecho de sus prerrogativas. Satisfecho y de una sola pieza. O quizá sería el mismo que soy ahora, satisfecho y triste al mismo tiempo de haber dejado atrás un mundo hecho por los ricos para su propio beneficio. ■